



MARCA REGISTRADA

EDICIÓN ESPAÑOLA

Paseo de las Delicias, 60.
Apartado 547.—Teléfono 1843

SUMARIO

UN PEQUEÑO REPORTER
Sección vermouth.

LUIS ESTESO
...Y vamos tirando.

MINGO REVULGO
La escena del sofá.

J. ALCAIDE DE ZAFRA
Piadoso misterio.

LUIS DE OSSA
¿Inverosímil?

F. SERRANO BAENA
El milagro del santo.

CLEMENTE DE CASTRO
Si non é vero...

ANTONIO MORILLAS
El célebre Rincón.

FERNANDO LUQUE
Cupido, bailando.

DEMETRIO
y TONTOLÍN

Varios dibujos y retrato de
Mlle. Mignonette.

MLLE. MIGNONETTE

Excéntrica francesa del Teatro Romea.



5 cénts.

SECCION VERMOUTH

Nos están dejando á Madrid hecho una tacita de plata. Revoco de fachadas, pintado de vallas, arreglo del pavimento, uniformación de barrenderos. La fiebre de la limpieza se ha apoderado de nuestras autoridades municipales, que van y vienen, con actividad mareante, fatigadas y sudorosas. Yo sé de algún teniente de alcalde que se pasa el día y la noche en constante movimiento por su distrito, dando órdenes á los guardias, á las porterías, á los transeúntes, sin dar paz á la lengua, para que la limpieza resulte lo más perfecta posible. El hombre, con tanto subir y tanto bajar se está quedando hecho un flautín sin llaves.

—Ya veis — me decía la otra tarde —, tengo que estar encima constantemente, porque los últimos golpes nadie como el interesado, y yo estoy interesadísimo en que vea Poincaré que soy un especialista en esto.

Otro teniente ha ido visitando uno por uno á los vecinos de su jurisdicción encargándoles que desde el día 1.º al 10 de Octubre, se laven todos los días la cara, se limpien las uñas y se embetunen las botas, y á las vecinas que se perfumen con esencias francesas y se pongan medias de Toulouse, para que nuestros huéspedes vean que también al sexo femenino le entra con la mar de gusto eso de la «entente» cordial. Claro es, que él, (el teniente alcalde) no entente una palabra de esas cosas, pero á él se lo ha mandado Vincenti, amenazándole con quitarle las borlas del bastón; y él dice que antes se pega un tiro que quedarse sin borlas.

De aquí á mediados del entrante mes hay que sentirse francés por los cuatro costados: desayunarse con un panecillo francés, comer tortilla á la francesa á todo pasto y meterse en la cama con una francesilla bien caliente, por si á media noche

le entra á uno apetito. Ya lo saben las lindas lectoras de LA HOJA DE PARRA; si quieren exteriorizar sus simpatías por nuestros visitantes, en esta cena lo tienen que hacer todo á la francesa.

Gobierno, Ayuntamiento, Cámaras de Comercio y de Industria, Círculo Mercantil, cuantos organismos y entidades oficiales y particulares hay en Madrid, se disponen á agasajar á Poincaré y á sus acompañantes con cuanto les pueda ser grato. Banquetes á todo pasto, excursiones, visitas á mu-



El marido.—No volveremos más á las reuniones de la duquesa, porque tengo el convencimiento de que entre los que van allí, no hay más que un marido á quien no le engaña su mujer.

Ella.—No sé á quién puedes referirte.

seos, hospitales, teatros, monumentos, etc.

Por cierto que uno de los números de programa, consistente en una fiesta española, con bailarinas y tonadilleras de las que figuran como estrellas, ha provocado las iras de un escritor mediocre, que se indigna porque en vez de esto no les ofrecemos una representación de una obra del teatro clásico. Y eso, con perdón del sabio crítico, es confundir un bidet con otra clase de recipientes, cosa ni extraña ni nueva en el apreciable sujeto y empingorotado cronista. Se explicaría ese refinamiento de gusto, del que creo no tenga la exclusiva el comentarista, si nuestros huéspedes conociesen el idioma castellano, aunque no manejasen la lengua como él, que es un consumado maestro; pero llevarles á escuchar una comedia de Lope ó un drama de Calderón, es producirles una molestia, ó, por lo menos, un aburrimiento, mientras que las plasticidades de una artista hermosa, y los movimientos de un cuerpo de mujer bien fabricada, lo entiende todo el mundo, y si además, esos bellos ejemplares del tipo femenino de un país son verdaderas notabilidades en su género, no sólo se complace á los invitados, sino que se les muestra algo genuino y característico, sin las chocarrerías y falsificaciones que á ellos les sirven en sus escenarios como artículo español de buena ley.

Y porque eso es una gran verdad, cuando nosotros vamos á París invitados, no nos llevan á ver obras de Moliere, sino á «Folies Bergere» al «Mouline-Rouge» á «Olympia» y á «Marigny» porque comprenden, que no hemos ido allí á hacer estudios sobre el teatro clásico francés.

Por eso, aunque lo censuren críticos de pan llevar, que confunden ciertos cacharros de alcoba, con otros que no deben estar en la alcoba, hacen muy bien nuestros ediles en incluir en el programa de festejos una función de cosas alegres, con caras bonitas en la escena y en el patio, y mantones de Manila y mantillas de madroños, y claveles reventones, y tapices de Goya, y jotas, y sevillanas, y todo lo que dé una nota de alegría, de belleza y de sol. ¡Pues si nos quitan á nosotros la alegría del carácter, el sol espléndido que nos alumbraba y casi nos alimenta, y la belleza incomparable, así, incomparable, de nuestras mujeres, nos dejan sin lo genuino, lo tífico; lo que es, de aquí, y solo de aquí, en buena hora lo digamos!

Pero mientras la Madre Naturaleza nos siga favoreciendo con la exclusiva de esos

tres elementos esenciales, que no nos toquen los sensibleros, nuestra nota característica, que no nos la toquen, y si lo hacen, que nos la toquen muy suavemente.

Un pequeño REPORTER

BUENAS AMIGAS



—He tenido un disgusto horroroso con Luis.
¡Mira que llevar estas esponjitas en el bolsillo!...

—Pues le está bien empleado, porque le he dicho mil veces que se las deje aquí... para no disgustarte.

...Y VAMOS TIRANDO

En Fuencarral es famoso,
por sus ojales sin par,
un sastre maravilloso
que no deja de ojalar.

Tiene chicas especiales,
porque siempre está ocupado;
cobrando por los ojales
un precio disparatado.

Y el sastre de Fuencarral,
está haciendo una fortuna,
pues les da por el ojal
un céntimo á cada una.

Luis ESTESO

La escena del sofá Cuando Arturito cerró, casi violentamente, la puerta de la alcoba nupcial, aún se escuchaban los ecos de la quejumbrosa voz de doña Martina, que gritaba á su inocente hija:

—...y recuerda, hija mía, todo cuanto te dije esta mañana en el tocador...

Pero Beatriz —que era la *inocente hija* de doña Martina—, ya no escuchaba á su

serio; cambió de sitio en el sofá, guardando respecto á su mujer una más que honesta distancia y dijo:

—O si no, espera. Antes de nada, encantito mío, quiero descargar mi conciencia; quiero contarte un pasaje de mi vida que tú no debes ignorar. Escucha...

—¿Es muy largo eso? —interrogó con cierto desencanto la recién casada, dirigiendo instintivamente los ojos al lecho conyugal.

LAS BATALLAS DEL AMOR



i...!

madre; se entretenía en acariciar los tiernos bigotes de su maridito, pretendiendo, con sus finísimos dedos, reducir á la obediencia cierto pelillo rebelde que había escapado á la coquetona acción de las tenacillas.

En el mismo sofá donde se desarrollaba el idilio, pretendió Arturito hacer un *deteñido reconocimiento* de prendas interiores; Beatriz, pudorosa, hizo un mohín casi imperceptible de protesta y exclamó únicamente:

—¿Ya?

—¡Yal —contestó Arturo besando por milésima vez los ojos y los labios de su bella esposa.

Pero, de improviso, Arturo se puso muy

—Es muy corto; verás... Hace diez años —tenía yo entonces veinte—, cuando no soñaba con conocerte, pichoncita mía, tropecé con cierta peñadora chulona, ordinaria y fea...

—¡Arturito! —clamó Beatriz picada por los celos—. ¿Qué estás diciendo?

—Pero mujer, ¿no te he indicado ya que era chulona, ordinaria y fea?... Déjame terminar. Por aquel tiempo, yo, jovenzuelo sin ninguna experiencia, hube de mirar con buenos ojos á la *Pinguitos*, que por tal romoquete se la conocía. Mis pocos años, de una parte; los insinuantes ofrecimientos de

ella, el encanto de la primera conquistadora, el deseo que ciega... ¡la eterna historia!... Luego las pasiones que chocan, la reincidencia en el *choque*... un descuido... total, que todo aquello vino á parar en el nacimiento de un robusto niño... ¡Ya lo sabes todo!... ¡Ya descargué mi conciencia!... ¿Me perdonarás, pichoncita mía?

Reunan ustedes —si pueden, que yo creo que no van á poder—, las Cataratas del Niágara, la fuente del Berro y todos los botijos de Ocaña, averigüen el líquido que pueden arrojar todos esos elementos juntos, y tendrán una idea, aunque pálida, de lo que eran los ojos de Beatriz cuando su marido terminó de descargar la conciencia.

Tanto y tanto lloró; que doña Martina,

LAS BATALLAS DEL AMOR



Los trompetas (arma de caballería).

que no había conseguido pegar los ojos, pero que, en cambio, había pegado los oídos á la puerta de la alcoba nupcial, comenzó á alarmarse.

—¡Me has hecho mucho daño, Arturito! —pudo, al fin, exclamar Beatriz entre hipos y sollozos.

Y doña Martina, que no había oído las palabras de Arturo, comentó animando á su hija:

—Si ya te lo decía yo; pero no te asustes, que eso no es nada; lo peor ha pasado ya—. Y, arrepentida por su intromisión, se retiró á su dormitorio.

Los sollozos de Beatriz, que crecían de nuevo, impidieron á los nuevos esposos oír el comentario de doña Martina.

—¡Pero no llores, no llores más! —decía entretanto Arturito á su Beatriz—. ¡Perdóname; ya ves que sólo se trata de una ligereza!... ¡No llores, no llores, por Dios!

—¡Ay!... —contestaba la

irocente esposa—. ¡Es que acabas de... de hablarme al corazón, y el corazón... se me sale... se me sale del pecho.

—¡Anda, nenita; tranquilízate!... ¿Verdad que me perdonas?

—Sí... sí... Arturito de mi vida... Pero yo... Pero yo... ¡¡Ay, qué desgraciada soy Dios mío!

—Habla; dime... Abre me tu pecho.

—Pues verás... Yo hacen cinco... hace cinco años... tuve un chi...

—¡Zapateta!

—Tuve un chico de Telégrafos que... que me hizo... que me hizo...

—Pero ¿qué te hizo?... ¡Concluye!

—Que me hizo el amor.

—¡Ah!... ¡Respiro!...

—El venía todas las noches; hablábamos en el... en el gabinete... Mamá se dormía... se dormía cosiendo...

—¿Y qué más?... ¡Sigue!

—Una caricia... Una pala... una palabra... Un ju... un juramento... la eterna... la eterna historia... ¡¡Aquello también vino... también vino á parar en una... en una robusta niña!...

El momento fué indescriptible... Beatriz, presa de un síncope, se revolvía en el sofá... Arturito daba gritos y patadas, y echaba espumarajos por la boca, y se apretaba la cabeza con las manos.

Un poco alarmados los padres de Beatriz entraron en la alcoba.

—¿Qué — interrogó doña Martina sin acertar á explicarse lo que sucedía —,

LAS BATALLAS DEL AMOR



Una batería con los fuegos apagados.

que han aprovechado ustedes el tiempo?
—¡Ya lo creo! —contestó Arturito ciego de ira—. ¡¡Como que ya tienen ustedes dos nietos!!

Mingo REVULGO



—¡Qué fastidio, no me dejan hacer un chiste en acción, ahora que estoy en camisa!

PIADOSO MISTERIO

No; no quiero ¡mi encanto! que me digas cómo son las rosetas delicadas que, coquetona, llevas engarzadas en los aros de seda de tus ligas...

Porque si me lo dices, las fatigas que Tántalo pasó, por mí igualadas no habían de ser, pues vieras arrasadas las vallas del pudor, si á ello me obligas.

¡Oh, misterio de las escarapelas, que como picarescos centinelas, vigilan dos senderos de poesía!...

Jamás de descubrirlo haré el intento. Pues si no lo descubro... ¡Qué tormento! ¿Y si lo descubriese?... ¡Me moriré!

J. Alcaide de ZAFRA

¿Inverosímil? Me lo contó el des-
cendiente legítimo de un ilustre literato francés, quien después de haber recorrido las principales capitales de España, escribió un libro relatando sus impresiones.

Me lo contó, pero yo no lo creo.

Según el citado, ó por mejor decir, el solamente indicado escritor, en Sevilla y durante su breve estancia en la perfumada ciudad del Guadalquivir, le ocurrió una aventura en extremo peregrina.

Hallábase el hombre tomando unos *charros* de manzanilla en un colmado, en compañía de cuatro gitanos que acababan de venderle un burro, cuando se le apareció, como visión celestial, una buena moza, bonita como los ángeles y sandunguera como la que más. Verle y echarse en sus brazos, loca de amor, todo fué uno, y cuando la primera impresión de tan agradable sorpresa hubo pasado, Rosarillo, que así dijo le llamarse tan juncal hembra, le habló con un ceceo delicioso, al oído, contándole lo siguiente:

DE TELON ADETRON



Una.—Chica, me fastidia hacer papeles de hombre, porque la mitad del público creerá que efectivamente lo soy.

La otra.—Tranquilízate, porque la otra mitad está convencida de que eres mujer.

PREGUNTAS TONTAS



—¿Qué es esto vida mía?
—Parece un hueso.

—Camará... desde que te diquéle, me has sorbido el corazón y trastornao el chirimén... Estoy loquita por ti y desprecian-do á los hombres más barbianses de toa la toería andaluza, vengo á entregarme á ti y á proponerte que no nos separemos en jamás de los jamases. Y como un cariño así se tiene que probar de algún modo, te participo que he elegido este sitio para verte, por que sabía que en él estarías con estos gachós que se proponen cortarte la geta en cuanto te descuides. Pero no tengas cuiáiao, que aquí estoy yo, alma mía, con el decidío propósito de liorarte de un gran peligro... A mí me importa poco mi vida, siempre y cuando sea para salvar la tuya...

Y levantándose desenfadadamente su crujiente falda de raso del color de la sangre, medio cubierta por alamares de seda, dejó ver una soberbia pantorrilla admirablemente torneada y prisionera en calada media de seda, sujeta en el muslo por una liga de brillantes que á la vez sostenía una navaja de palmo y medio de larga, de las llamadas de lengua de vaca, y con la empuadura de marfil.

Antes de que el escritor francés se diera cuenta de todos los movimientos de su apasionada hembra, ésta la blandió por los aires, dibujando en el espacio una ráfega

de luz brillante, y arremetiendo sin piedad contra los cuatro gitanos, cortándoles á dos la cabeza y pespunteando á cuchilladas el corazón de los otros. Acto continuo, Rosarillo se puso á bailar un zapateado y á beber manzanilla como si tal cosa.

Entonces el francés —así lo relató—, absorto de tanta valentía y no queriendo dar crédito á cuanto le rodeaba, exclamó en el castellano chapurreado que había podido aprender:

—Pero... ¿quién eres? ¿Eres una mujer encantadora, ó el ángel exterminador?

Y Rosarillo le repuso, en tanto que le entregaba una tarjeta que sacó de un precioso tarjetero de marfil con incrustaciones de oro:

—No: soy la Duquesa de ***, que me muerdo por tus pedazos.

¶

Este me lo contó el descendiente legítimo de un ilustre literato francés, quien, después de haber recorrido las principales capitales de España, escribió un libro relatando sus impresiones.

Me lo contó, pero yo no lo creo.

Luis de OSSA

París, 23 Septiembre.

EL «APODERADO» DE LA DIVETTE



—¿Qué le pasa á usted amigo?

—¿Qué quiere usted que me pase, que me la dan un meneo todas las noches?

—Así se está usted quedando.

El milagro del santo Luisa, una encantadora chiquilla de veinte abriles mal contados, rubia como los ángeles, ni alta ni baja, llenita de carnes, no tanto que dejase de admirarse su bien proporcionado cuerpo de formas helénicas, graciosa, vivaracha y un tanto

más tranquila y monótona; se acostaba con las gallinas —quiero decir á la hora que se acuestan las gallinas—, y se levantaba al amanecer; por la mañana se entretenía leyendo novelas y folletines policíacos, y la tarde se la solía pasar en el casino. Su único vicio era la caza y en cuanto se le presentaba uno de esos días primaverales en que no

hacía frío ni calor, cogía el hombre su jaquita, se echaba la escopeta al hombro y marchaba á una dehesa de su propiedad, distante del pueblo varios kilómetros.

Llevaban tres años de casados y no habían tenido sucesión, ni esperanza de tenerla; esto le apesadumbraba extraordinariamente, pues hay que advertir que al señor Gutiérrez de la Higuera le gustaban mucho los chiquillos, y como además era muy cristiano y devoto del santo de su nombre, no hacía más que rezarle á San Antonio para que realizara su sueño.

ANTIGUOS AMIGOS



El.—¡Qué tiempos aquellos! ¿Te acuerdas? Y tú conservas todavía la cara estirada.

Bila.—¡Pero si á tí se te arrugaba ya á los treinta años!...

coqueta, se unió en indisoluble lazo con don Antonio Gutiérrez de la Higuera, un viejo, si que también un bendito, de la respetable edad de sesenta años.

Aunque el buen señor contaba tres duros por la edad —según cuentan las comadres en el pueblo donde ocurrió esta verídica narración—, contaba además con un capital de unos cien mil duros que constituía su hacienda; claro es, que esto ya lo habría adivinado el perspicaz lector, pues si no hubiera sido por el *parné*, no hubiera consentido la encantadora Luisa dar su blanca mano al que hoy es su esposo; pero bueno será hacerlo constar así, á fuer de narrador minucioso é imparcial.

La vida de don Antonio no podía ser

poco indispueta fué á visitarla Pepito Fernández, joven doctor que acababa de concluir la carrera, gallardo, simpático, y que había llegado al pueblo hacía pocos días para cubrir una vacante.

Yo no sé si sería ó no casualidad, la cosa es que desde entonces Luisa se ponía indispueta con demasiada frecuencia; y también es lo cierto que se sentía enferma precisamente los días que su marido estaba de caza...

Pasaron diez meses desde el día en que Luisa cayera enferma y que por vez prime-

ra le visitase el joven doctor, y una mañana de primavera dió á luz con toda felicidad un robusto y hermoso niño.

El señor Gutiérrez de la Higuera se consideró el más feliz de los mortales, y ya no pensó en otra cosa que en dar gracias á

ORGULLO ABATIDO



—Señora, le juro á usted que no me he rebajado nunca ante nadie, pero tratándose de usted... me rebajaría con mucho gusto.

San Antonio por haberle concedido lo que con tanto afán le pidieras.

Luego, hablando con su esposa le decía:

—¿Ves? El santo ha oído mis súplicas y nos ha concedido un heredero...

Luisa no pudo por menos de soltar una carcajada, mientras decía:

—Pues á mí me parece que lo mismo hubiera venido elorro si no le rezas á San Antonio...

Francisco Serrano BAENA

Si non è vero... La Prensa de Roma refiere que noches pasadas, varios agentes de seguridad que prestaban servicio á orillas del Tíber, vieron á dos individuos que iban y venfan por el muelle discutiendo acaloradamente. De pronto, uno de ellos echó mano al bolsillo del chaleco é hizo ademán de arrojar algo en el aire; luego ambos se agacharon como para ver el sitio en que el objeto hubiese caído, y acto continuo, uno de los paseantes, de un solo brinco, se arrojó al río. Entonces, los agentes corrieron en pos del otro individuo, que huía precipitadamente, y al fin lograron alcanzarle.

DESPREOCUPACION



—Tendría gracia que hubiera algún hombre mirando desde el sótano ¡Qué rato estará pasando!

El detenido se llama Gabriel R. y es hijo primogénito de unos ricos fabricantes de Milán: el muerto ha resultado ser Juan Zaide, célebre aventurero griego, muy conocido en los círculos galantes de París.

A Zaide le hallaron ahogado en el Tíber, á dos millas del lugar del suceso.

¿Se trata de un crimen, ó simplemente de un suicidio consumado en un acceso de furiosa locura?... Gabriel R. ha prestado ante el juez de instrucción interesantes declaraciones.

Según parece, él y Zaide eran íntimos amigos y estaban enamorados de la misma mujer. O, por mejor decir: Zaide la quería á ella (Sara) y Sara amaba á Gabriel.

Esta concurrencia de pasiones dió al traste con la buena amistad de los dos hombres. Zaide era celoso como un turco, y apasionado, impresionable y ardiente como buen meridional.

—Mi pobre amigo —ha declarado Gabriel— parecía loco. Unas veces decía que iba á matarme, otras juraba quererme como un hermano. Cierta noche, sin embargo, me esperó en la calle de Sara.

—«Vengo resuelto á matarte —dijo— yo no puedo vivir más tiempo sin el cariño de esa mujer»...

Procuré tranquilizarle, demostrándole

que yo no era responsable de que Sara me quisiese, y que ella misma tampoco lo era de los instintos de su corazón.

—Es un disparate —añadí— del cual no tardarás en arrepentirte.

—«No importa —contestó— si no te defiendes, peor para ti... te asesinaré»...

Viendo que echaba mano al bolsillo, di un paso atrás, y enarbolando un fuerte bastón que llevaba, acerté á darle un golpe en la cabeza, con tan buena suerte, que le dejé tendido en el suelo sin conocimiento. Lo cual no impidió para que al día siguiente viniese á pedirle perdón de sus locuras y á asegurarme que siempre seríamos buenos amigos... ni que poco después volviésemos á reñir.

—La noche de su muerte —agregó Gabriel R.— Zaide fué á buscarme á mi casa, yo estaba vistiéndome para salir.

—¿Dónde vas? —preguntó.

—Al teatro —contesté.

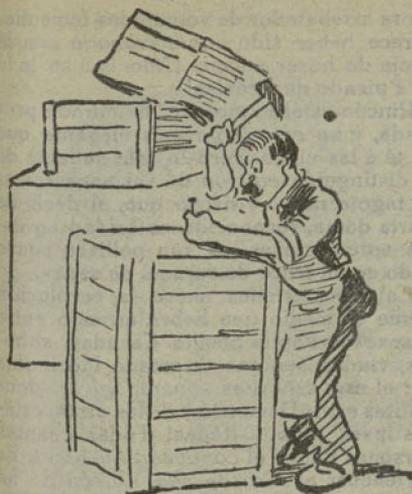
—¡Mentira! ¡tú no vas al teatro, tú vas á casa de Sara!

Le vi tan excitado, tan fuera de sí, que temiendo un encuentro, sostuve mi afirmación.

—Te engañas —dijo— voy al teatro, precisamente están esperándome varios amigos...



La señora se ha dormido en una postura bien extraña; va á ocurrir algo espantoso.



Fontolun

—Verán ustedes qué manera de mentar los vasos *sagraos*, en cuanto me dé un martillazo.

—Eso no es cierto —repuso— eres un cobarde, un miserable, que tiene empacho en confesar la verdad. ¡Quiero que concluyamos de una vez!

Yo, señor juez, también tenía deseos de resolver de algún modo aquella situación, porque Zaide era para mí una horrible pesadilla.

—Bien —dije— estoy á tus órdenes; ¿qué quieres que hagamos?

—¿Tú amas á Sara?

—Sí.

—Yo también. ¿Quieres que la fortuna decida entre nosotros?... Pues vamos á jugarlos la vida á cara ó cruz: el que pierda, queda obligado á suicidarse inmediatamente...

Yo acepté, pero resuelto, desde luego, á no suicidarme en caso de que la suerte me fuese adversa. Juan Zaide me condujo á orillas del Tiber, y una vez allí, sin querer oír mis reflexiones, sacó una moneda ex-
cibiendo:

—Pide: ¿cara ó cruz?

Me vi perdido y repuse maquinalmente.

—Cruz.

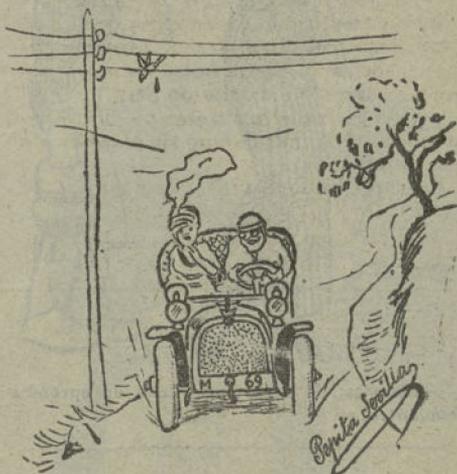
Eché la moneda al aire, y cuando cayó, los dos nos agrupamos para ver la decisión de la suerte.

He perdido —repuso Zaide con aire resignado.

Y seguidamente, antes de que yo pudiese pedir socorro, de un solo brinco, se arrojó al Tiber. Entonces —concluyó diciendo Gabriel R.— eché á correr, sintiendo en mis profundos, si he de ser ingenuo, un gran alivio... No se trata, por tanto, de un asesinato, sino de un suicidio consumado en circunstancias verdaderamente excepcionales...

::

El juzgado continúa instruyendo activamente la sumaria de este notable proceso. Todas las apariencias inducen á creer á Gabriel R., cuyas declaraciones están en un todo conformes con las de su amante. Sara, quedará absuelto. La explicación



—Si no te diera miedo iríamos á más velocidad.

—Ande, rico, mete la cuarta.

—Tendrás que conformarte con algo menos...

que el acusado ha dado de la muerte de Zaide, es muy ingeniosa, y el abogado defensor se dispone á pronunciar un buen discurso.

Nunca, con más razón que ahora, puede decirse:

Si non é vero...

Clemente de CASTRO

Milán, Septiembre.

El célebre ¿He dicho célebre?
Rincón ¡Enorme, estupendo, indescriptible!
 Rincón es el hombre más *amado* entre los que pagan cédula; Rincón, entre las señoras, está mejor visto que un pase de molinete; Luisito Rin-

rente arrebatador de voluntades femeniles parece haber sido *confeccionado* con la aguja de hacer encaje. ¡Adonis á su lado está picado de viruelas!

Rincón es alto, moreno, de mirada profunda, y *un rato largo* más elegante que un té á las cinco. Pero lo más saliente de la distinguida edición de sus encantos es un bigote negro y rizado que, al decir de cierta dama, reconocida autoridad en estas apreciaciones, es «un pelliczo suave dado en un trozo de caracul de seda».

Calculen ustedes ahora la revolución desde en medio que habrá armado entre el sexo de Pepita Sevilla. Casadas, solteras, viudas, señoras de estado indefinible por el uso, señoritas... *paradógicas*, doncellitas estilo Demetrio y de las otras, criadas para todo... ¡todas! Todas cuantas personas tienen el *condecorable* honor de pertenecer al sexo de *allá*. Rincón no ha parado mientes en la clase de la víctima. Una que se pone á tiro, pues una que tiene que volver á peinasse después de su entrevista con Rincón. ¡Se vive!

Hará unos cuatro meses, Luisito, que

PIDIENDO TRABAJO



—Maestra: ¿le hace á usted falta un aprendiz adelantao?

cón, en lo que á reducción respecta, ha llegado á la altura máxima que en estos menesteres se puede llegar. El audaz é ilustre raptor de Inesita Ulloa, la bella hija del aplaudido «Comendador... que me pierdes», es un pobre microbio galante comparado con Rincón. Y, sin embargo, Luisito no se pone tonto. No le ocurre lo mismo que á Joselito el Gallo, el cual, según malas lenguas, ha mandado poner marco al sitio donde le besó la Fornarina. Y dispense la adorable *divette* si me hago eco de su *arrebato* en San Sebastián.

Decía, hermanos lectores, que Rincón, mi emocionante amigo Luisito Rincón, es adormecedor en lo tocante á las conquistas amorosas. Y es que el aludido y emi-



Lindarajito.—¡Ay, desde mañana salgo yo con un cartelito como el de abajo!

SIMBOLISMOS



Maternidad.

en medio de su carrera galante ha tenido la humanitaria idea de licenciarse en Medicina, solicitó la plaza de médico titular que vacante se hallaba en un pueblo de Extremadura.

Esas dulces burguesitas provincianas, tan inocentes y tan románticas, le gustan á Rincón más que á Belmonte los pases naturales. Y harto ya de su labor en Madrid, hastiado de refinamientos amorosos, Luisito buscaba la naturalidad en el momento de la reunión, que diría don Pepito de la Loma. Y conseguida que fué la titular solicitada, mi amigo trasladóse á la tierra de los sabrosos embutidos.

No llevaba allá más que una semana y ya se había visto obligado á concurrir á un sinnúmero de bailes y reuniones que casualmente habían organizado las señoritas locales.

Claro que esto, á más de ser de mejor tono que un acorde de la Banda Municipal, entraba en los cálculos amorosos del admirable Rincón. Y mi amigo vió con la última satisfacción de su orgullo de tenorio, que, una vez terminadas las reuniones, una epidemia condicional había penetrado en el pueblo. Y aquí me tienen ustedes á Rincón sin un momento de descanso, de

una casa en otra, recetando píldoras y deslizando furtivamente alguna que otra frase de las suyas que venían á aumentar la fiebre de las pacientes.

Un día, cuando Luisito pensaba en la conveniencia de una *atenuación* amorosa, recibió el recado de que pasase inmediatamente por casa del procurador.

La señora se había levantado enferma.

Ante el recuerdo de la señora del procurador, Luisito se puso más contento que si le hubiesen regalado tres acciones de la Tabacalera. En realidad era una mujer de *tres cepas*; una de esas mujeres que motivan el tambaleo de los más duchos en apreciaciones de belleza. Luisito la había dirigido algunas frases *ovacionables* en la última reunión efectuada, y era fama en su convencimiento que la procuradora

SIMBOLISMOS



Paternidad.

no procuraba rehuir aquellos conatos de adulterio.

Más acicalado que si fuera á retratarse para LA HOJA DE PARRA, Rincón penetró en casa de la propeable cliente. Esta se ha-

llaba sola y lánguidamente recostada sobre un sofá *propiciatorio*.

—Estoy delicada —dijo—; no me siento bien, doctor.

Para otro que no fuese Luisito, la visita se hubiera prolongado más de lo conveniente. Pero Rincón hizo una *recopilación* tan admirable, que á los diez minutos de llegar el sofá crugía bajo el peso de un tratamiento médico-amoroso en perfecta armonía con la dolencia de la procuradora.

Como la enfermedad requería un escrupuloso cuidado facultativo, Rincón habló con el procurador persuadiéndole de una gravedad efectiva.

—¡Pobrecita mía! ¡Quién lo había de decir!...

—¡Oh, pero yo me comprometí...

Y todos los días, á las once, Rincón se encerraba en un gabinete con la bella procuradora.

—Solos, completamente solos —había dicho Rincón—; si hay gente delante no tiene efecto el hipnotismo, por cuyo tratamiento pienso curarla.

Una mañana, cuando ya estaba Luisito ocupado en la curación de la procuradora, á casa de ésta llegaron la esposa é hijas del alcalde. Una mujer frescota y dicharachera y tres niñas morenas y simpáticas, recién llegadas de un colegio de la capital.

Las niñas, que á más de morenas y simpáticas eran la mar de curiosas, y además

NO FALLA



Cuando dos amigas se dicen «eres más guapa que yo», «aduladora, tú tienes los ojos más bonitos», «¿vamos á medirnos las pantorrillas?» y se las miden, malo..., malo..., malo...

sentían veneración por el nuevo médico desde la maravillosa cura que en su mamá había realizado, aprovecharon el momento en que la esposa del alcalde se hallaba entretenida y corrieron á mirar por la cerradura de la puerta del gabinete donde operaba Luisito.

¿Para qué describir lo que vieron? Baste decir que Riación se ocupaba en menesteres muy parecidos al tratamiento aplicado en el sofá de referencia.

Las hijas del alcalde siguieron ávidas la operación, cuestionando en silencio la posesión de la cerradura. Y cuando el asunto hubo terminado, las niñas regresaron al lado de su mamá, diciéndola tímidamente:

—Mamá, nosotras también estamos enfermas.

No sé por qué, aquellas inocentes palabras escandalizaron á la señora del alcalde.

Zarandeando nerviosamente á la chica más cercana, díjolas en el colmo de la indignación:

—¿Cómo se entiende, mocosas? Vosotras no podéis estar enfermas. Sois muy jóvenes todavía.

Y luego, hablando á Luisito que salía del gabinete:

—Doctor, vaya á casa cuando mi esposo esté en el Casino. ¡Con estas calores se indispone una tan frecuentemente!...

Antonio MORILLAS

Leed en EL LIBRO POPULAR

EL BIEN PERDIDO

novela completa por

LUIS BRUN

20 céntimos

Cupido, bailando En la adolescencia de la Humanidad, Cupido cantaba: cantó con Ovidio, con los trovadores de Tolosa, con Cavaradozzi. Ahora, Cupido baila: baila con la Tórtola Valencia, con el Conde de Luxemburgo y con Juanito Bombillero. Amar bailando es una



La madre de la criada.—¡Sí, señor, es de usted lo que tiene la chica!
El solterón.—¡Pero señora mía, si hace veintisiete años que no tengo más que flato!

bonita manera de amar. Estropea un poco el calzado, pero deleita el corazón. El Amor y el baile tienen algo de locura. Nada más lógico, pues que colocados en la pendiente de la demencia amemos y bailemos á un tiempo.

Esos coloquios amorosos, puestos de moda por las operetas, en los cuales ambos amantes, luego de un galano y tierno discreteo, se lanzan á dar vueltas por el escenario al compás de un vals dulzón, parecen al pronto una tontería, pero luego ¡ah! luego... lo parecen también. Sin embargo, tienen un gran fondo de verosimilitud psicológica. A mí que no me digan.

Es que la música excita, como ha dicho Tolstoï, y la sangre de los enamorados rezoza en sus venas y les fuerza á bailar.

Asimismo, cuando se baila es precisa-

mente cuando el pecho se hincha, se inflama la región cardíaca y se siente un imperioso deseo de susurrar al oído de la pareja: ¡Mi vida! ¡Me gusta usted más que las perrunas! U otra frase sentimental por el estilo. Porque la danza es la poesía del movimiento. Y el único instante convencional en el que la más pudibunda señorita tolera el abrazo y el achuchón.

Tal vez por eso las hembras en general, y en particular las «midinetes» de Chamberí ó Lavapiés, concatenan el baile con el Amor de una irrefragable manera y en un curioso sentido.

En las «kermeses» se escuchan muy á menudo estos diálogos:

—Pero, oye, Nati ¿por qué no haces caso á Dositeo? ¡Es un buen tipo!

—¡No que no! Pero baila peor que un sereno. En la habanera pasá, parecía que e habían puesto sinapismos.

—¡Tié gracia! Entonces ¿é quién le vas á dar el «tueste» que viene?

—Se lo daré á Pepe. Me gusta, la mar y toa la pesca.

Y el afortunado Pepe semeja un «buldoc» con sombrero frégoli, pero cuando baila se ríe de Salomé y desarrolla un meneo centripeto-abdominal que anonada.

Está visto: la mujer es el caos. Lo dicen los Quintero. Para conquistarla, abandonen ustedes las frases peripatéticas y márguense un «chotis» según los cánones.

Ellas así lo quieren.

Pues ¡que baile Cupido!

Fernando LUQUE

Agentes exclusivos en Sud América
MASSIP Y PAJARES
 RIVADAVIA, 1.255.—BUENOS AIRES

Imprenta particular de LA HOJA DE PARRA

Aparecerá en breve

H O Y

Diario popular de la noche

Director: F. GÓMEZ HIDALGO